

La Invención del Caribe a partir de 1898

(Las definiciones del Caribe como problema histórico, geopolítico y metodológico)

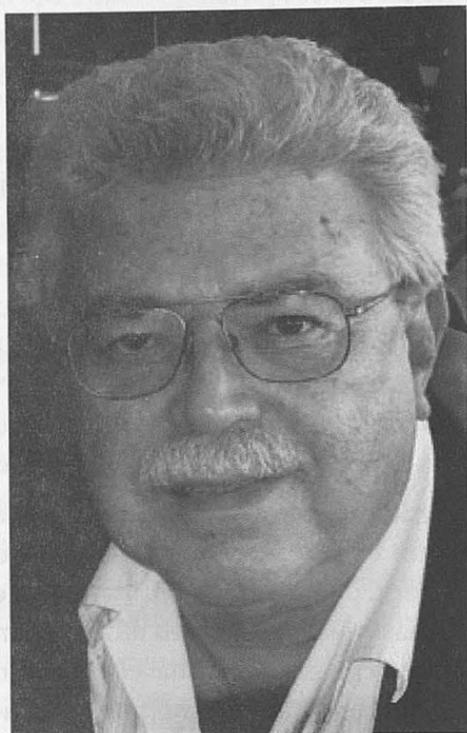
ANTONIO GAZTAMBIDE GÉIGEL

*"Plantación adentro, camará,
sombras son la gente y nada más".*

Tite Curet Alonso

Un abogado panameño interpreta una canción de un salsero boricua, acompañado en Nueva York por músicos antillanos que utilizan formas musicales e instrumentación principalmente cubanas. El tema: el asesinato de un indígena centroamericano por el capataz de una plantación en el Siglo XVII. Música, poesía e historia se funden para sugerir el hilo común de la experiencia que hoy nos damos en llamar «caribeña»: la explotación de aborígenes, africanos y hasta algunos europeos en las plantaciones de América desde el Siglo XVI. Y, por supuesto, también sugieren la resistencia y la creatividad con la que todos respondieron.

No entremos por ahora en el escabroso tema de la plantación. Comencemos mejor por mirar el mapa y preguntarnos: ¿Desde cuándo se llamó *Caribe* a ese mar delimitado por las Antillas, Centroamérica y parte de la costa norte de Suramérica? ¿Cuándo pasó el nombre Caribe del mar a la geografía



Antonio Gaztambide Géigel

imprecisa de algunas o todas las masas de tierra que lo rodean? Las palabras, como todo lo humano, están siempre cargadas de historias y, por lo tanto, de ideologías y discursos, de imaginarios.

No. No siempre se ha llamado Caribe ese mar al sur de las Antillas Mayores; no, no hace mucho tiempo que llamamos *Caribe* a las Antillas, menúsimo a parte de las masas de tierra continentales. En tanto denominación de una región geográfica, el Caribe es un invento del Siglo XX. Esta invención arranca precisamente de la transición en nuestra región de

la hegemonía europea a la estadounidense.

Aunque su hegemonía impuso gradualmente el término generalmente aceptado ahora para referirse a la región, Estados Unidos no *definió* un Caribe. La segunda mitad de este artículo demuestra que a partir de 1898 no se definió *un* Caribe, sino *muchos* Caribes. Y tantas o más definiciones se originaron dentro de la región como aquellas que lo hicieron desde el Norte.

I. Panorama histórico de la palabra «Caribe»

La primera traducción de la palabra caribe a un idioma europeo se remonta a 1492. En el diario de su primer viaje a América, el genovés Cristóbal Colón tomó nota de unos «caribes» o «caníbales,» siempre al este de los arahuacos antillanos que le daban las noti-

cias. En el transcurso de ese y del segundo viaje al año siguiente, Colón identificó a esos caribes como habitantes antropófagos de lo que hoy llamamos las Antillas Menores y otras partes de ese Nuevo Mundo.

Hoy vemos que, comenzando con el propio Colón, los europeos bautizaron «caribes» a los aborígenes que resistieron la conquista de sus tierras ancestrales en las Antillas. Luego les sumaron otros amerindios a quienes querían «rescatar para la evangelización», léase esclavizar en sus minas, pesquerías de perlas y siembras. Al redefinir el término, los españoles mezclaron mitos americanos y europeos con algo de realidad. Había entonces, por lo menos en algunas de las Antillas Menores, grupos indígenas social y lingüísticamente distintos de las tribus y cacicazgos que hoy llamamos *taínos*. Las diferencias eran las mismas existentes entre los arahuacos y caribes continentales en toda el área al norte del Amazonas, hoy Venezuela, las Guyanas y el extremo norte de Brasil. En las Islas Vírgenes y al este de Borinquen, estos caribes alternaban al igual que los diversos cacicazgos taínos entre la cooperación y la hostilidad con sus vecinos. El primer contacto con los presuntos caribes, a la vez primer encuentro armado entre españoles y americanos del cual tenemos testimonio, ocurre en nuestra vecina isla de Ay-Ay, conocida ahora como Santa Cruz.

La reacción española ante la resistencia de los ayayanos resume el primer destino histórico de la palabra caribe: nativo rebelde y/o esclavizado. Una canoa con cuatro hombres y dos mujeres le salió al paso a un bote con veinticinco soldados enviado por el almirante hacia su aldea. Después de una feroz escaramuza, Miguel de Cúneo recibió de Colón como esclava una hermosa joven que el primero había capturado. Venciendo a golpes la resistencia que le ofreció la ayayana literalmente con uñas y dientes. Cúneo la violó, tal como harían tantos europeos con las mujeres nativas y africanas.

Un informe de 1509 del conquistador de Puerto Rico, Juan Ponce de León, ilustra esta imprecisión entre arahuacos y caribes, al afirmar que habló «a los caciques de la costa y a los caribes que allí hallé...» Efectivamente, taínos y caribes alguna vez hostiles entre sí se aliaron en los intentos de recuperar las tierras que les habían sido arrebatadas. El propio Ponce de León, despojado en 1511 de la go-

bernación por los reclamos del hijo de Cristóbal Colón, regresó en 1515 al frente de una «Armada contra caribes.» Su nieto, Juan Troche, transformado de viejo en homónimo del abuelo, documentaría el fracaso de su abuelo al relatar en 1582 la desolación de la tercera parte de la Isla al este de los ríos Loíza y Salinas.

A. Del «Mar del Norte» al «Mar de los Caribes»

Una ojeada preliminar de la cartografía de los primeros tres siglos de América demuestra que el Caribe no siempre fue llamado Caribe. La implantación de Europa representó un Nuevo Mundo para todas las partes involucradas. La conquista y colonización transformó la geofísica y la geografía europeas y, como siempre, tuvo una fuerte carga geopolítica. Cartógrafos y cosmógrafos buscaron maneras de articular las implicaciones teóricas y los detalles prácticos de lo que, para ellos, eran verdaderos descubrimientos.

En el Siglo XVI, se bautizó una mescolanza de golfos, mares y océanos. Las Capitulaciones de Santa Fe de Granada, contrato entre los reyes de España y Cristóbal Colón, hablan de lo que Colón había «descubierto en las mares Océanas,» declaran a los reyes señores de dichas mares, y le nombran a «su almirante en todas aquellas islas y tierras firmes que por su mano e industria se descubrirán o ganarán en las dichas mares. . .» A fines de siglo, las mares se habían multiplicado y confundido. En la *Geografía general de las Indias* de Juan López de Velasco, encontramos golfos de España, de las Yeguas, del Norte o del Sargazo, y el más sintomático: «Golfo Grande del Mar Océano.» Entre estos, aparece nuestro Caribe como «Golfo de Tierra Firme.» Aparecen mares del Norte, de Bacallaos, de Sargazos, del Mediodía o del Brasil, del Pirú, Mar Pacífico, Mar del Sur y, siempre el de mayor jerarquía, Mar Océano.

En la terminología del resto de los europeos y los navegantes, el Caribe se confunde con el Atlántico Norte, pero mediado el Siglo XVI por lo menos un mapa francés describe en detalle un *Mer des entilles*. La confusión prevaleciente se refleja también en un mapa holandés de la «América Occidental,» hecho en 1594. Mientras tanto, y hasta su pérdida irremediable, España seguiría insistiendo en «las

Indias» como único nombre de lo que muchos españoles todavía insisten en llamar provincias y no posesiones coloniales.

El resto de los europeos, mientras tanto, seguían explorando los cuerpos de agua y las *terras incognitas*. A mediados del Siglo XVII, un *New and Accurat Map of the World* perpetúa la identificación del Caribe como parte del Mar del Norte, al igual que otro mapa holandés de la misma época.¹⁰ El mapa inglés, sin embargo, acusa un contraste importante: entre Norte y Sur América, mientras los demás europeos, sobre todo españoles, siguen hablando de «Septentrional» y «Meridional.» La situación se repite a mediados del Siglo XVIII, esta vez en un mapamundi francés de 1759.

En medio de esas confusas y contradictorias geografías, fueron algunos anglosajones, los europeos y criollos angloamericanos, quienes comenzaron a usar el término *Caribbean Sea*. Desde los comienzos en el Siglo XVII de su conquista y colonización en las Antillas Menores, los ingleses se referían a ellas como *Caribby* [o *Caribbee*] *islands*. Y así, administradores, colonos y marineros angloparlantes comenzaron a trasladar poco a poco el nombre dado a los antiguos dueños de las islas al mar que ellas delimitaban.

Eventualmente prevalecería entre ellos, sin embargo, el término más eurocéntrico y oficial de *West Indies*. Los daneses y otros europeos que compitieron con Gran Bretaña por el dominio del archipiélago también participaron del bautismo, distinguiendo algunos de ellos, reveladoramente, a las Antillas Menores como únicas «Caribes». En la segunda mitad del Siglo XVIII, el religioso moravo alemán Christian Oldendorp, uno de los primeros etnógrafos europeos después del tempranísimo Fray Ramón Pané, opone unas *Caraibische Inseln* a las *Grosse Antilles* y las coloca entre el *Westlicher Ocean* y un *Carabische See*.

Una distinción más clara entre mares y océanos y, con ella de un «Mar de las Antillas» y poco a poco de un Mar Caribe, comenzó a partir del tránsito al Siglo XIX, a partir de la Revolución Atlántica. Comenzando en 1776 con la Revolución de Independencia de Estados Unidos, continuando con las revoluciones Francesa y Haitiana (1789-1791), y culminando en las guerras de independencia de Hispanoamérica, esa revolución produjo también la transición de la hegemonía francesa a la inglesa, a la *Pax Britannica* del siglo pasado.

El cambio en la terminología estaría preñado, como los contrastes anteriores, de la geopolítica detrás de la geografía.

Hasta 1763, Francia había mantenido una leve ventaja sobre Gran Bretaña, caracterizada por su joya principal en el Caribe: el *Saint Domingue*, hoy Haití. Como resultado de la Guerra de los Siete Años, que los británicos llamaron *The Great War for the Empire*, los ingleses se quedaron con dieciséis (16) de las Antillas Menores y Francia con siete (7). En 1797, Gran Bretaña le arrebató Trinidad a España (y por poco Puerto Rico); en 1803, Francia le vendió el territorio de la Luisiana a Estados Unidos; al año siguiente, se proclamó la independencia de Haití.

Dos mapas de fines de fines del XVII ilustran las transiciones tanto como las persistentes ambigüedades. Algunas de éstas llegan hasta el presente, como es el caso de la división de las Antillas Menores entre islas de Sotavento y de Barlovento. Un mapa de L.S. de la Rochette, publicado en Londres en 1784 por William Faden, se titula *A Chart of the Antilles, or, Charibbee, or, CARIBS ISLANDS, with the Virgin Isles* y distingue claramente *The Charibbean Sea* de *The Atlantic Ocean*. El mapa de La Rochette-Faden explica después del título:

From the Situation of the Caribs Islands, compared to that of the Westernmost Isles of the Mexican Gulf, They are named Windward [Barlovento] Islands by the Spaniards, as well as by the French, the Dutch, and the Danes, while the English, who consider the position of those Islands respectively to Barbadoes give them the name of Leeward [Sotavento] Islands, or Leeward Charibbee Islands.

De un modo similar, un mapa de Thomas Jefferys titulado *The Caribbee or Leeward Islands, the Virgin Islands, and the Isle of Porto Rico*, publicado en 1794 en un *West-India Atlas*, incluyó a todas las Antillas Menores excepto a Trinidad y Tobago, todavía posesiones españolas. Dicho *Geographer to His Majesty*, quien llevaba entonces casi medio siglo de producción, aclaró dentro del mapa que *Leewards* era Ade acuerdo a los ingleses, pues estas *Caribbee Islands* [are] *named by the French, Spaniards, Dutch, &c ANTILLAS and WINDWARD*. Jefferys distinguía *The Caribbean Sea* de *The Western Ocean*.

Irónicamente, los caribes se perpetuaron en la historia bautizando

el mar que tan bien domaron, pero sólo después de que, mezclados con africanos, ya habían sido reducidos a reservaciones en Martinica y Dominica, o exilados por los británicos a la costa de los Mosquitos y Honduras. Fueron, sin embargo, los franceses quienes subrayaron la descendencia directa, hablando de un *Mer des Caraïbes* o *Mar de los Caribes*. Los hispanoamericanos también rescataron a los caribes y al Caribe como definición de ese mar de conquista y pillaje, luego de piratas, corsarios y contrabandistas, y finalmente de escenario secundario, de sus guerras de independencia. Y lo que resulta más importante, los americanos comenzamos a definir una geopolítica americana y, con ella, una nueva geografía.

B. El Caribe: siempre frontera imperial

Durante la Revolución Atlántica, la América se distanció de Europa. Los estadounidenses aspiraban desde la colonización a ser (en palabras del gobernador John Winthrop) como una Ciudad sobre una colina» que con su ejemplo salvaría al mundo.¹⁸ Así, vieron en la monarquía y en la iglesia católica la suma de toda la maldad y la corrupción. En su discurso de despedida en 1796, Jorge Washington planteó un distanciamiento de la política europea: «sería imprudente de nuestra parte involucrarnos artificialmente en las vicisitudes ordinarias de su política o en las alianzas y conflictos corrientes de sus amistades y enemistades.»

Aunque unos y otros revivieron la idea de un Nuevo Mundo y propusieron un Hemisferio Occidental, Simón Bolívar y otros caudillos independentistas hispanoamericanos, se planteaban un rompimiento menos radical con Europa. Bolívar utilizó el Caribe como retaguardia militar entre 1815 y 1816. En la carta de un «Americano Meridional» a un caballero de Jamaica clamaba: «¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo?»

Al mismo tiempo, el Libertador puso una distancia ambigua con «nuestros hermanos del norte,» contrastando «la suerte de los reyes españoles y de los reyes americanos,» y reconociendo que «no somos

indios ni europeos, sino una especie media entre *los legítimos propietarios del país* y los usurpadores españoles.» El apoyo que no obtuvo de Gran Bretaña o de Estados Unidos, lo consiguió en 1816 del Presidente Alejandro Petión de Haití. De allí salieron las dos expediciones de Los Cayos, utilizando el archipiélago para reagrupamiento y reabastecimiento.

El Caribe continuó así durante el XIX el rol, en palabras de Juan Bosch, de «frontera imperial.» Mientras tanto, los americanos sumidos en la guerra civil y el caudillismo pospusimos la redefinición de la geografía del Caribe. Los latinos dejamos inconclusa, en Cuba y Puerto Rico, la independencia de la América Hispana. Los hermanos del Norte, por su parte, comenzaron la expansión hacia el oeste de su continente con la compra de la Luisiana en 1803. Luego de obtener las Floridas entre 1810 y 1819, la Doctrina Monroe de 1823 definió un contradictorio aislacionismo expansionista: aislacionista con respecto a Europa y expansionista con respecto a América. Esos sueños de hegemonía hemisférica quedaron pendientes, sin embargo, por la expansión hasta el Océano Pacífico y la división interna entre un expansionismo esclavista y un expansionismo de «tierras libres».

Estados Unidos, además, no tuvo una verdadera cancillería, un ministerio de relaciones exteriores, ni una consistente política internacional hasta décadas después del fin de la Guerra Civil en 1865; menos podía tener, entonces, una política hemisférica o caribeña. Más todavía, los antiguos expansionistas esclavistas del Partido Demócrata se convirtieron en los más idealistas opositores del imperialismo capitalista del Partido Republicano. Por eso es tan difícil hablar de que un Estados Unidos monolítico y coherente quería tal o cual cosa.

Hace apenas cien años que el expansionismo post-esclavista estadounidense comenzó a definir el Caribe como región y a mirar a Suramérica a través ese prisma. A partir de una primera Conferencia Internacional Americana celebrada en 1889, el gobierno de Estados Unidos opuso una política unilateral «panamericana», consistente con la Doctrina Monroe, a las aspiraciones inter-americanas articuladas desde la época de Bolívar. En 1895, el bisoño Secretario de Estado Richard Olney desafió a los ingleses, entonces en disputa territorial con Venezuela, proclamando: «Estados Unidos es hoy

prácticamente soberano en este continente, y su mandato es ley para los súbditos sobre quienes delimita su intervención.»

La Guerra Cubano-Hispano-Estadounidense-Filipina concretó esta afirmación de soberanía. El gobierno de Estados Unidos ocupó a Cuba y anexó, no sólo a Puerto Rico, Filipinas y Guam, sino de paso también a la República del Hawaii que había creado años antes. Poco después, conquistó varias islas en el Pacífico y se dividió las Samoas con Alemania. En 1903, el gobierno «progresista» de Teodoro Roosevelt, tomó el Canal de Panamá. Al hacerlo, establecieron con la nueva república panameña el mismo protectorado que condicionó la independencia de Cuba en ese mismo año y bajo el cual intervendrían continuamente en sus asuntos internos y militarmente de 1906 a 1909 y en 1917.

Además, Roosevelt reafirmó el carácter unilateral de la declaración de Monroe al afirmar en 1904 que: «en el Hemisferio Occidental la adhesión a la Doctrina Monroe puede obligar a los Estados Unidos, aunque renuientemente, en casos flagrantes de tal perversidad o impotencia, al ejercicio de un poder de policía internacional.» Hasta los años treinta, ejercerían tal poder, comenzando por las incautaciones de las aduanas de la República Dominicana en 1905 y las de Nicaragua en 1911. Luego fueron las dos ocupaciones militares de Nicaragua (1909 a 1925, 1927-1933), y las de Haití (1915 a 1934) y de la República Dominicana (1916 a 1924.) Mientras tanto, compraron las Islas Vírgenes danesas en 1916, ocuparon el puerto mexicano de Veracruz en 1914, e invadieron el norte de México en 1916.

Ese es el contexto del Caribe que se inventó como región a partir de 1898. Hasta que lo convirtieron en *su* Mediterráneo, en su traspasio, los estadounidenses ni siquiera hablaban consistentemente de un Mar Caribe, mucho menos de una región Caribe. Un contraste de mapas decimonónicos lo demuestra: uno francés de mediados de siglo todavía utiliza *Mer des Antilles*, mientras que uno estadounidense de finales de siglo lo llama *Caribbean* o *Antillean Sea*. Más aún, aunque generalizaran desde los 1890 aquél término con que los burócratas, colonos y marineros noreuropeos designaban el mar y algunas de sus islas, ni siquiera los gobernantes estadounidenses definieron consistentemente *una* región Caribe y

hasta confundían el Caribe con Suramérica y viceversa tan tarde como en los 1950.

¿Qué ocurrió? Si Estados Unidos no definió un Caribe, ¿quién lo hizo? La invención del Caribe como región resultó de la irrupción de Estados Unidos en ella como potencia dominante, pero no fue una acción consciente o consistente de su parte. Como cuestión de hecho, a partir de 1898 no se definió *un* Caribe, sino *muchos* Caribes. Unos por los imperios y otros de frente a los imperios, unos exclusivamente geográficos, académicos o intelectuales, y todos más o menos teñidos de geopolítica.

II. El Caribe como región geográfica

Veamos entonces las tres principales tendencias en que se han agrupado las definiciones del Caribe como región geográfica, (es decir, como la conceptualización supranacional de un grupo de masas de tierra) y un poco de su historia. Concentraré en el manejo del término en el Siglo XX y en la base geopolítica de las tendencias. Éstas son:

A. el Caribe *insular* o *etno-histórico*

B. el Caribe *geopolítico*

C. el *Gran Caribe* o *Cuenca del Caribe*

A éstas añadiré, luego, un Caribe *cultural* (o *Afro-América Central*).

A. El Caribe insular o etno-histórico

El Caribe *insular* tiende a ser sinónimo de las Antillas y de las *West Indies*, por lo que suele incluir a las Guyanas y a Belize, y puede llegar tan al norte como a las Bahamas y Bermuda. Esta es la más utilizada en la historiografía y otros estudios sobre la región porque es la única que coincide con los usos más antiguos y, lo que resulta más importante, con las *identidades regionales* generadas internamente. La misma pone el énfasis en la experiencia común de la plantación azucarera esclavista, que discutiré más adelante.

Al Caribe antillano lo revivieron de las luchas independentistas en las Antillas que permanecieron bajo dominio español: Cuba, República Dominicana y Puerto Rico. Después de que los mexicanos, centro y suramericanos se volvieron sobre sí mismos, quedaron los antillanos, luchando, primero, los dominicanos por su liberación de Haití, y los cubanos y puertorriqueños por la abolición de la esclavitud, y luego todos frente a España. Dentro de este complejo y contradictorio proceso, todos se vieron limitados por el peso de la plantación.

Días antes de morir en 1895, en una carta a su amigo Manuel Mercado, José Martí contrastó los pueblos de Nuestra América con el «Norte revuelto y brutal que los desprecia.» Advirtiendo: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: - y mi honda es la de David,» Martí planteó el archipiélago como un muro de contención contra el expansionismo estadounidense: «ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.»

Este Caribe, aunque definido de modos diversos, aplica el término a una idea interna a la región, incluidos los francófonos. ¿Cuándo se comenzó a hablar de «Caribe», aunque se refiriera a las Antillas? Su uso coincidió con el expansionismo estadounidense y llevó al cuestionamiento reveladoramente de la utilización misma del concepto. En 1987, el escritor puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá evocaba el argumento de su maestro Charles Rosario en los 1960s:

Para nosotros, los puertorriqueños, el término antillanía tiene significado pleno, pero no los términos caribeño o caribeñidad. Uno nos congrega en la experiencia histórica y cultural compartida con las Antillas Mayores, el otro -the Caribbean- nos somete a una categoría suprahistórica, a un invento de la objetividad sociológica, antropológica o etnológica de origen anglófono, objetividad que siempre funciona en contra del colonizado, como señalo Fanón.

Las Antillas, sin embargo, son más que las Antillas españolas. En el Siglo XVIII, Oldendorp comenzó su libro con «Un breve recuento de las islas caribeñas» diciendo:

La gran cantidad de islas que componen el archipiélago mexicano se conocen como las West Indies. Aunque anteriormente este término también se refería en un sentido más amplio a América en general, se entiende todavía hoy que se refiere a esas islas y no a las masas continentales en esa parte del mundo. Las islas mismas son comúnmente llamadas las Antillas...

El etnógrafo moravo incluía entre las Antillas Menores a las Bahamas y hasta Bermuda.

El Caribe antillano se confunde todavía con las *West Indies* tal como ocurría hace doscientos años. ¿Porqué? Sencillamente porque como refleja la cita anterior Gran Bretaña tradujo el nombre imperial español. Y hasta hace unos cincuenta años, los anglófonos a ambos lados del Atlántico incluyendo aquellos dentro del Caribe se referían a las Antillas exclusivamente como las *West Indies*. Todavía esa identidad internacional tiene fuerza entre ellos y entre algunos europeos, cosa comprensible además porque el término es más amplio al incluir, por ejemplo, masas continentales.

Los *West Indies* se convirtieron en Caribe para la misma época que las Antillas, otro signo de transiciones imperiales, esta vez durante la Segunda Guerra Mundial de los años cuarenta. En 1942, cuando los británicos sobrevivieron a base de concesiones a la hegemonía estadounidense en las Américas, surgió una Comisión Anglo-Americana del Caribe para las colonias de Gran Bretaña y Estados Unidos. En 1946, se transformó en Comisión del Caribe para atender también las colonias francesas y neerlandesas.

Poco a poco, las élites *West Indian* y antillanas se fueron sintiendo «caribeñas.» El historiador y primer Primer Ministro de Trinidad y Tobago, Eric Williams, publicó *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*, en 1970, justo cuando se publicaba el libro de Juan Bosch con casi el mismo título. Uno de los primeros en adoptar una identidad caribeña más que *West Indian*, Williams había propuesto en 1942 comentando la Comisión Anglo-Americana *an economic federation of all the Caribbean areas*, refiriéndose a lo que hoy llamamos Caribe insular. Bosch, sin embargo, no escribió sobre el mismo Caribe que Williams; mientras que éste hablaba del Caribe *insular*, la «frontera imperial» del primero se extendía por todo lo que hoy llamamos el *Gran Caribe*.

Para ese entonces, habían proliferado toda clase de Caribes. Pero el más contradictorio es el que todavía resulta más popular: ese Caribe insular, medio *West Indian*, medio antillano, que sin embargo puede incluir las Guyanas, Belize, las Bahamas y, de nuevo, hasta Bermuda. Pero si admitimos que Antillas y *West Indies* recobraron el nombre indígena por virtud del expansionismo, ¿cómo se veía desde allá arriba? Para los estadounidenses, todo era lo mismo, incluyendo las repúblicas «bananeras» centroamericanas cuyo destino todavía quieren decidir, incluyendo a El Salvador, al cual no toca una gota de agua del Caribe.

B. El Caribe geopolítico

El Caribe *geopolítico* se refiere al Caribe insular, Centroamérica y Panamá, sobre todo después de 1945; hasta entonces, eran *las repúblicas* antillanas y Centroamérica, incluyendo Panamá: Esta es la más utilizada en la historiografía y otros estudios sobre las relaciones con Estados Unidos, por ser la visión más consistente entre los que han utilizado el concepto con alguna precisión en ese país. La misma pone el énfasis en las regiones donde se produjo la mayor parte del intervencionismo militar estadounidense.

Esta es la única tendencia engendrada exclusivamente en Estados Unidos y es tan antigua como el imperialismo intervencionista. Así lo reflejó Dana T. Munro, el primero de los diplomáticos que luego historiaron su experiencia, en *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean: 1900-1921* y *The United States and the Caribbean Republics: 1921-1933*. Resulta casi imposible hablar de la política estadounidense sin incluir Centroamérica y Panamá. En la diplomacia y el debate público, sin embargo, el término se confunde con América Latina y la mayor parte de los estudios hablan de «la política latinoamericana» aunque tengan que ver mayormente con este Caribe.

Al menos hasta hace unas décadas, la política «caribeña» del gobierno de Estados Unidos no sólo era indistinguible de aquella hacia América Latina sino que en gran medida era *la* política latinoamericana de ese país. En palabras de Richard V. Salisbury:

Hasta la Segunda Guerra Mundial, la política latinoamericana de Estados Unidos enfocaba mayormente en la región del Caribe. En

efecto, la habilidad del gobierno de Estados Unidos para implementar su política a través de la intervención armada, la manipulación política y la penetración económica tendía a disminuir proporcionalmente mientras más al sur uno se moviera en el hemisferio.

Para mayor complicación, esto es cierto sólo si se entiende por diplomacia «caribeña» la dirigida a *las repúblicas*. La que tenía que ver con el Caribe colonial, a la vez hablante de lenguajes menos «latinos», era parte de su diplomacia europea.

Esta situación continuó durante el período posterior a la Guerra Mundial: los artífices de esa política internacional miraban y en alguna medida miran a Latinoamérica a través del cristal de sus relaciones con y percepciones del Caribe. Desde 1980, diversos factores han diversificado las percepciones y las políticas, especialmente relativas a México y la Comunidad del Caribe, pero la región del Mar Caribe retiene una centralidad en las políticas y las relaciones. De modo que cuando se habla de la política latinoamericana se demuestre mayor sensibilidad refiriéndose a América Latina y *el Caribe* o distinguiéndose entre ellos, aunque esto todavía no se ha generalizado.

Por supuesto, esta es la tendencia que menos eco tiene en la región. Los centroamericanos, sobre todo, ni siquiera se plantearon una identidad internacional caribeña hasta que los forzó la contraofensiva estadounidense de la década pasada. La mejor evidencia al respecto es que no se referían a sus costas caribeñas como tales, sino a sus costas «atlánticas».

Algunos, sin embargo, sí la adoptaron como reacción al intervencionismo. Otro puertorriqueño, José Enamorado Cuesta, publicó en 1936 *El imperialismo yanqui y la revolución en el Caribe*, incluyendo Centroamérica y Panamá. Después de la Segunda Guerra Mundial, activistas de la misma región se unieron en una Legión del Caribe para combatir a los dictadores que azolaban las islas, el istmo y el continente, muchos de ellos herencia de las ocupaciones estadounidenses.

C. El Gran Caribe (o Cuenca del Caribe)

A los Caribes anteriores, éste añade a Venezuela y por lo menos a partes de Colombia y de México. Esta es la tendencia más reciente.

Aunque comenzó mucho antes, no se popularizó hasta la contraofensiva estadounidense cuyo garrote se blandió contra Cuba, Nicaragua y Granada en los años 80 y cuya zanahoria se bautizó Iniciativa de la *Cuenca* del Caribe por el presidente Ronald Reagan en 1983. Irónicamente, la Iniciativa no incluyó a todos los países de la cuenca ni a todos los Caribes; se trataba realmente del *geopolítico* pero excluía a países como Cuba y Nicaragua.

Este Caribe tiende a coincidir con la visión del Caribe como Mesoamérica o una América «central» entre las del norte y del sur. También se ha designado como *tercermundista* porque la han asumido algunas élites, sobre todo de México, Colombia y Venezuela, desde la Guerra Mundial. El colombiano Germán Arciniegas publicó en 1945 una primera *Biografía del Caribe* hasta la toma del Canal de Panamá. Como los nacionalistas decimonónicos, Arciniegas reivindicó a los aborígenes: «'Caribe' es como decir 'indio bravo.' Es una palabra de guerra que cubre la floresta americana como el veneno de que se unta el aguijón de las flechas. Y así es el mar.»

Esta fue, como hemos visto, la definición adoptada por Juan Bosch en 1970 para caribeñizarse. A fines de esa década y por tanto antes de que Reagan fuera siquiera electo la tendencia floreció, incluso bajo el concepto de *Cuenca*, adoptada por ejemplo por el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y, como menos comprometedor, por Cuba. Andrzej Dembicz, uno de los más tempranos estudiosos en abordar el tema que nos ocupa, propuso visionariamente en 1979 a ese Caribe amplio como el círculo de parentesco que en muchos sentidos viene forjándose un real futuro político-económico a la vez que como región de estudio.

El Gran Caribe tuvo también, sin embargo, una gestación extraregional. Desde 1950, la Universidad de Florida organizó conferencias anuales sobre el Caribe que incluyeron a Colombia, México y Venezuela. Posteriormente, y estimulado tanto por la Iniciativa de Reagan como por el peso interno de las comunidades migrantes cubana, haitiana y puertorriqueña, el estado de Florida comenzó a reclamar un cierto parentesco con la Cuenca.

Fueron, sin embargo, las élites de las potencias regionales quienes reactivaron lo que algunos de ellos llaman «vocaciones caribeñas» o «intereses preeminentes» en la región ante la contraofensiva estadounidense. Irónicamente como reflejan el tema musical del epígrafe

y la misma historia que acabamos de repasar por lo menos partes importantes de Colombia y Venezuela han sido siempre parte del Caribe. Pero entonces, por lo menos las élites dominantes de esos países quisieron reacerarse al Caribe por sus propias aspiraciones, o temores, geopolíticos. Es decir que incorporaron, además de la geopolítica de la hegemonía, la geopolítica de la resistencia.

Por lo tanto, la reacción regional más que la acción estadounidense constituyó finalmente la fuerza de redefinición regional hacia lo que recién se ha dado en llamar *Greater Caribbean* o Gran Caribe. Primero, los países entonces considerados «potencias regionales» (Colombia, México y Venezuela) activaron con Panamá sus respectivas «vocaciones caribeñas» a través del Grupo de Contadora, por la isla panameña donde se creó. Luego se transfiguraron en Grupo de Apoyo a los países centroamericanos que buscaban soluciones propias bajo el nombre de Esquipulas, también por la localidad Cesta vez guatemalteca de su origen.

Finalmente, y por iniciativa de la Comunidad del Caribe (CARICOM), todos los estados y territorios de la cuenca adoptaron la caribeña como por lo menos una de sus identidades, al constituir en julio de 1994 la Asociación de Estados del Caribe (AEC). La sustitución del concepto de Cuenca por el de Gran Caribe recibió un gran empuje desde la fundación de la AEC. Su segundo Secretario General, el economista jamaquino Norman S. Girvan, ha hecho un particular esfuerzo para que la región se identifique con la idea, de la cual era entusiasta creyente desde mucho antes de asumir el cargo.

Las élites dominantes y las potencias regionales no fueron, sin embargo, los únicos propulsores de esta redefinición. A partir de sus insumos en la fundación de la AEC, intelectuales y movimientos sociales de toda la región se unieron bajo este concepto para intentar proveerle una voz a la sociedad civil en los procesos de integración. Una alianza entre el *Caribbean Policy Development Centre* (CPDC), con sede en Barbados, y la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), con sede en Managua, reunió tres Foros de la Sociedad Civil del Gran Caribe entre 1997 y 1999, en Colombia, Barbados y México, respectivamente.

Por supuesto, estos procesos tuvieron como escenario adicional la consolidación de bloques económicos a partir del fin de la Guerra Fría

entre 1989 y 1991. El proyecto «mesoamericano» de la AEC procuraba poner a sus integrantes en mejor posición de negociar con dichos bloques. Hasta ahora, sin embargo, el resultado parece apuntar hacia una redefinición de las relaciones de cada parte de la cuenca con los bloques más que una consolidación de una nueva identidad regional. Esta tendencia, por lo tanto, sigue siendo relativamente débil y controversial.

D. La plantación,... y la contra-plantación (Caribe cultural o Afro-América Central)

Pero, ¿qué tienen en común todas las formaciones sociales bañadas por el Mar Caribe y las demás incluidas por virtud de la historia, la geopolítica o la conveniencia metodológica de algunos investigadores? Por fin regresamos a la plantación. Hace poco más de treinta y cinco años, en medio del entusiasmo por la Comisión del Caribe, Charles Wagley propuso dividir el hemisferio en tres «esferas culturales»:

1. *Euro-América*, que incluye principalmente la zona norte de Norteamérica y el llamado Cono Sur de Argentina, Chile y Uruguay, caracterizado por el exterminio, total o virtual, de los habitantes originales y colonización europea masiva de esas tierras;

2. *Indo-América*, que incluye a México, la mayor parte de Centroamérica, y todas las porciones (principalmente andinas) del continente donde no fueron exterminados los aborígenes; y

3. La *América de las Plantaciones*, que quizás debió llamar Afro-América e incluye el sur de Estados Unidos, el Caribe insular, Brasil y todos aquellos lugares donde prevaleció la plantación como organización socio-económica predominante.

A partir de la propuesta de Wagley, se puede considerar el Caribe como las partes de *Afro-América* (o de la América de las Plantaciones) que quedan al sur de Estados Unidos y al norte de Brasil. Esta tendencia no es geográfica en el sentido de coincidir con fronteras políticas, sino que puede incluir por sus características *partes de países*, y no necesariamente territoriales. Esta sería, entonces, la única definición estrictamente intelectual del Caribe.

Sus orígenes, aunque revoloteando hace tiempo en las dimensiones creativas de la producción cultural, también fueron intelectuales. Motivados según Girvan por la propuesta de Wagley, entre otras, un grupo de intelectuales *West Indian* Clidereados por Lloyd Best y George BeckfordC fundaron el *New World Group* y propusieron unos Modelos de Economías de Plantación. El grupo adoptó un Caribe que se extendía a todas las sociedades marcadas decisivamente por dicha experiencia. Según Best:

Es cierto que [el Caribe] incluye las Antillas mayores y menores y las Guyanas... Pero muchas veces el Caribe también incluye el litoral que rodea nuestro mar..., lo que estamos tratando de abarcar en nuestro esquema es el fundamento cultural, social, político y económico de la Aplantación de azúcar, variante del pensamiento colonial.

Este origen en el pensamiento político-económico, la acerca a la dimensión *tercermundista* de la tendencia grancaribeña, pero es evidentemente más compleja y fluída.

Ciertamente, si vamos a entender qué tienen en común estos Caribes tan diversos y contradictorios, debemos enfocar en la plantación. No hay más remedio que movernos, usando el título de la «salsa» de Tite Curet Alonso, «Plantación adentro.» Desde el punto de vista de lo que nos une, sin embargo, hay que mirar como plantearon hace tiempo Beckford⁶⁴ y Sidney W. Mintz, entre otros a lo que Jean Casimir bautizó como la *contraplantación*. Según Casimir:

El Caribe puede definirse como la América de las plantaciones en la medida en que viene de un pasado marcado por el apogeo y la decadencia de la plantación. Lejos de edificarse a partir de los estilos de vida impuestos por Occidente, esta región inventó otras formas de vida para superar los estragos que acarreó la sociedad esclavista.

Todas las culturas caribeñas fueron creadas por grupos humanos en conflicto permanente con el sistema dominante. Por su creatividad y su talento, estos grupos mantenían un desafío constante contra el sistema que, pese a todo, prevalecía como punto de referencia. La cultura caribeña es una respuesta a la sociedad de plantación, *no* es la cultura de la sociedad de plantación.

Casimir concluye que sobre todo por el impacto de las migraciones intracaribeñas se terminó creando un Aespacio caribeño endógeno que extendió esta cultura a toda la Cuenca del Caribe. Y es preci-

samente en los estudios culturales donde se ha venido afirmando un Caribe *cultural* que trasciende al insular y devela la presencia y la irradiación de la plantación y de la contraplantación. A pesar de su título, Antonio Benítez Rojo nos remite a tal espacio en *La isla que se repite*. Lo mismo ocurre con el Acimarronaje cultural a partir del cual Angel Quintero Rivera ha construido una *sociología de la música tropical*. Finalmente, desde esa perspectiva hemos propuesto una aproximación a la cultura como factor unificador más que disociador.

El Caribe cultural, por lo tanto, son todas esas partes de la América de las plantaciones que quedan entre el sur de Estados Unidos y el Brasil, pero *sin* incluírlos: una *Afro-América Central*. Puede, sin embargo, incluir las comunidades migrantes caribeñas en Estados Unidos y Europa, a menudo más identificadas con la región que la población residente. Esta tendencia reconoce una identidad etno-cultural mestiza pero marcadamente afro-americana fraguada por esas sociedades. Es decir, reconoce que el Caribe cultural tiene muchísimo de herencia europea y alguna de la India y del Asia Oriental, pero es *distinto* del resto de América por el legado africano.

Así pues, el Caribe cultural sirve de puente entre las tendencias más geográficas, pues coincide como hasta ahora las identidades antillana y *West Indian* con experiencias y proyectos internos a la región. Reconocernos en él, sin embargo, enfrenta la misma barrera que explica en parte la renuencia en algunos de nuestros países sobre todo los hispanófonos hacia cualquier identidad caribeña: la ambigüedad de reconocernos como afro-americanos. Esta ambigüedad no se puede despachar con el argumento de que somos mucho más que eso. Necesitamos superarla porque nuestro particular mestizaje nos distingue del resto de América... y del mundo. Y a su vez nos obliga a reconocernos en el Caribe.

III. En conclusión: ¿)Qué es el Caribe? (Implicaciones metodológicas)

Finalmente, ¿cuál es la utilidad de todo esto? ¿Por qué esta disquisición sobre la invención del Caribe en el Siglo XX? Primero, para hacernos conscientes, una vez más, de que los conceptos están cargados

de historia, de ideologías y discursos, de imaginarios. Segundo, porque muchos hablan del Caribe sin definirlo y debemos exigir y exigirnos una definición de cada Caribe del que hablemos. Tercero, porque aunque visto retrospectivamente el Caribe sea tan antiguo como América y desde aquí se haya definido América, el Caribe es contemporáneo.

Y por lo tanto, ya que el Caribe se definió de diversas maneras en el Siglo XX, tenemos que incursionar en el presente para comprender el pasado y viceversa. Esto es particularmente cierto si tomamos en cuenta, en palabras de Norman Girvan, que originalmente la mayor parte de las definiciones actuales fueron reactivas a las definiciones imperiales, representando un ejemplo: apropiación y redefinición= interna de las concepciones imperiales por aquellos subyugados a los designios hegemónicos. De manera similar a lo ocurrido con el concepto de América, el que ahora sean estimuladas internamente hace de ello una parte de la historia de la resistencia caribeña, y por lo tanto muy pertinente para el presente.

La segunda y tercera observaciones, sin embargo, contienen implicaciones metodológicas que van más allá de lo obvio y que deben de ser objeto de reflexión por parte de los que nos consideramos caribeñistas, o al menos estudiosas del Caribe. Por una parte, cada vez que hablemos de la región, debemos de apellidarla, precisar del cuál hablamos y, de ser posible, por qué. Inversamente, cuando se nos hable del Caribe, exijamos lo mismo o al menos identifiquemos cuál de los Caribes está implícito.

Por otra parte y aunque sea legítimo preferir una u otra de las tendencias reseñadas cabe subrayar, en primer lugar, que *no hay una definición correcta del Caribe*, sino definiciones más o menos explícitas, más o menos consistentes con el tema bajo consideración, es decir, más o menos apropiadas y conducentes al esclarecimiento científico. Conuerdo con Girvan, entonces, en que:

...la noción de Caribe ha sido y está siendo continuamente redefinida y reinterpretada, en función del interés por ofrecer respuestas a las influencias externas y a los procesos internos. Una posición apropiada es sostener que *no hay una definición precisa o consumada*; el contenido depende más bien del contexto, pero ello debe especificarse con claridad cuando se emplee con propósitos descriptivos o analíticos... En el nivel cultural, la creciente importancia de la diáspora

del Caribe insular hacia Norteamérica y Europa ha sido reconocida, así que el Caribe no es sólo multilingüe, también es trasnacional.

Más aún, conviene aclarar en segundo lugar que ni siquiera las tendencias propuestas y resumidas al final son la única manera posible de agrupar las definiciones del Caribe. Otros estudiosos han agrupado las definiciones de distinta manera y hasta pretendido que son las únicas posibles. Si asimilamos la complejidad y contradicciones aquí reseñadas, no debemos cometer el mismo error.

En tercer lugar y de modo similar, no hay una definición única de lo que es un(a) caribeñista ni se mira el Caribe igual desde adentro que desde afuera. Esto último podría resultar la mayor utilidad científica de una disquisición que, de lo contrario, correría el riesgo de quedarse en un diletantismo preciosista.

Resumen de las tendencias

I. Caribe insular (o etno-histórico)

1. Tiende a ser sinónimo de Antillas y las *West Indies*, por lo que suele incluir las Guyanas y Belize, y puede llegar hasta las Bahamas y Bermuda.

2. Es la más utilizada en la **historiografía** y otros estudios acerca de la región porque es la única que coincide con el uso más antiguo y con identidades internas.

3. Pone el énfasis en la experiencia común de la plantación azucarera esclavista.

II. Caribe geopolítico

1. Se refiere al Caribe insular, Centroamérica y Panamá, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial; hasta entonces era sólo las Antillas y Centroamérica, incluyendo Panamá.

2. Es la más utilizada en la historiografía y otros estudios sobre las relaciones con Estados Unidos, por ser la visión más consistente entre los que han utilizado el concepto con alguna precisión en ese país.

3. Es definido y, por lo tanto, pone el énfasis en las regiones donde se produjo la mayor parte de las intervenciones estadounidenses.

III. Gran Caribe (o Cuenca del Caribe)

1. A las tendencias anteriores, añade Venezuela y por lo menos partes de Colombia y de México.

2. Tiende a coincidir con la visión del Caribe como Mesoamérica o una América «central» entre las del norte y del sur.

3. Aunque se popularizó a partir la política estadounidense hacia la región en los 1980s, lo habían asumido desde la Segunda Guerra Mundial algunas élites, sobre todo de las potencias regionales.

IV. Caribe cultural (o Afro-América Central)

1. No es «geográfica» en el sentido de corresponder con fronteras políticas, sino que puede incluir por sus características *partes de países*.

2. Se define a partir de la propuesta de Charles Wagley de estudiar las Américas a base de unas «esferas culturales» (*culture spheres*): Indo-América, Euro-América y la América de las Plantaciones (*Plantation America*).

3. En ese sentido, se puede considerar como las partes de la América de las Plantaciones (o *Afro-América*) que quedan al sur de Estados Unidos y al norte de Brasil, así como las las comunidades migrantes caribeñas en Estados Unidos y Europa.